

... el ...
gente que hizo historia

CUANDO LOS TRAPICHES ERAN DE PALO

La historia del azúcar se remonta a 1565, cuando Villarroel fundó la capital de Tucumán. Al principio, sólo un convento y los indígenas aprovechaban la caña: fueron los primeros en introducir el trapiche.

Después, vinieron las plantaciones.

El ensayo industrial surtió efecto y hoy el azúcar y Tucumán son casi la misma cosa.

Con su habitual destreza, Páez de la Torre describe ese proceso desde sus verdaderos comienzos.

La expansión, los ingenios y las relaciones comerciales.

Escribe CARLOS PAEZ DE LA TORRE

En Tucumán, desde el principio fue el azúcar. Corría 1646, la ciudad de San Miguel era sólo un caserío de barro aguantando las incursiones indias en La Toma, y ya Juan Serrano, en su estancia de Chicligasta, veía ondear las hojas verdes de los canutos morados de Castilla. Venida del Perú, o quien sabe de Chile, lo cierto es que la dulce planta estaba en el Nuevo Mundo desde principios del siglo XVI. Los viejos documentos dan solo referencias aisladas pero eficaces para fijar los comienzos. Y ellos dicen que fueron los jesuitas quienes, —en su primer convento de la reducción de Los Lules, a la margen izquierda del río— luego de esta experiencia de Serrano y otros agricultores, los primeros en armar una rudimentaria industria. Venidos del Perú en 1586, los animosos hombres de San Ignacio habían recorrido un largo camino antes de instalar un contingente en San Miguel de Tucumán. Establecieron misiones en Salta, en Esteco y se afincaron un tiempo en Santiago. Pero allí la vida era difícil, por ser el clima "sumamente caluroso y abundante de sabandijas molestas": una "tierra salitrosa", donde "no podían ser los edificios permanentes, sin haber casas cuya duración pasase de cuatro años", según cuenta el padre Lozano.

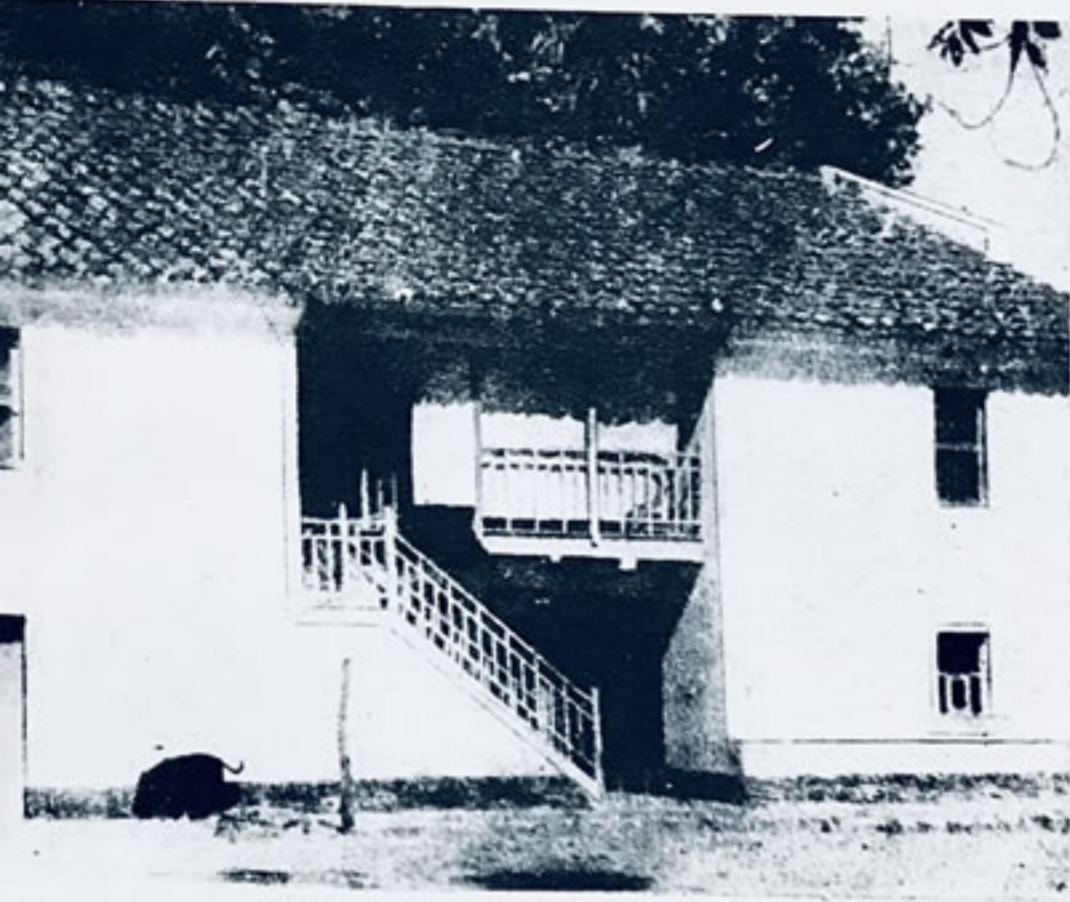
● Primero los Jesuitas

Otra cosa ocurría con la deliciosa San Miguel, fundada por Diego de Villarroel en 1565, siguiendo órdenes del gobernador del

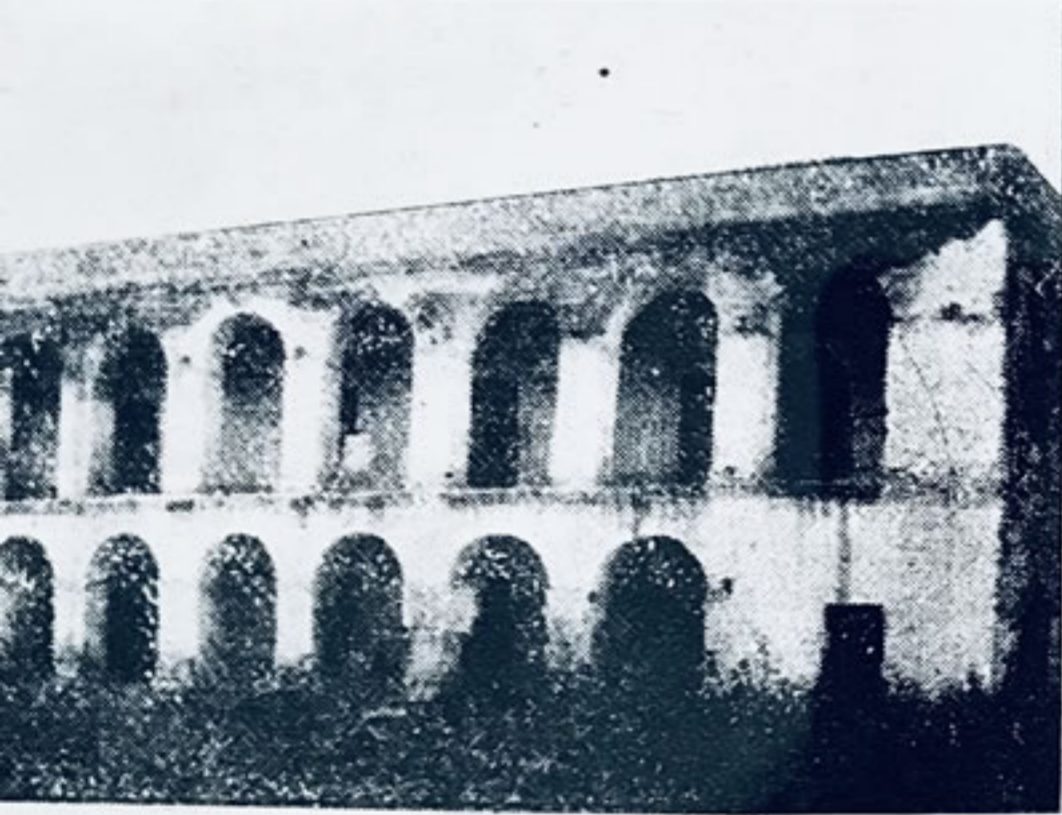
Tucumán, don Francisco de Aguirre. Se gozaba allí "de temple sano; la comodidad para edificar era mucha, como se conocía en tener las mejores casas de toda la gobernación y la fertilidad grande", dice el cronista. Su vecindad con las montañas la bendecía con "copioso riego, que fecundaba el terreno para producir en abundancia", agregó. Respirando otro aire, edificaron los jesuitas su convento en Los Lules.

Y junto al convento, plantaron la caña. Armaron un trapiche de madera de algarrobo, la molieron allí e hicieron azúcar. Sólo el convento y los indígenas de la vecindad, disfrutaban de este primer ensayo industrial, que terminó al ocurrir la expulsión de la Compañía de Jesús, por real orden de Carlos III. Encargado de cumplirla en Tucumán fue el coronel de milicias de Salta, Juan Adrián Cornejo, el 7 de agosto de 1767. El inventario consigna que los expulsados tenían fuera de la iglesia un molino, curtiduría, "un cañaveral con trapiche para moler la caña", además de "fondos para la fabricación de azúcar", una "frasquería con sus frascos", y talleres de carpintería y herrería.

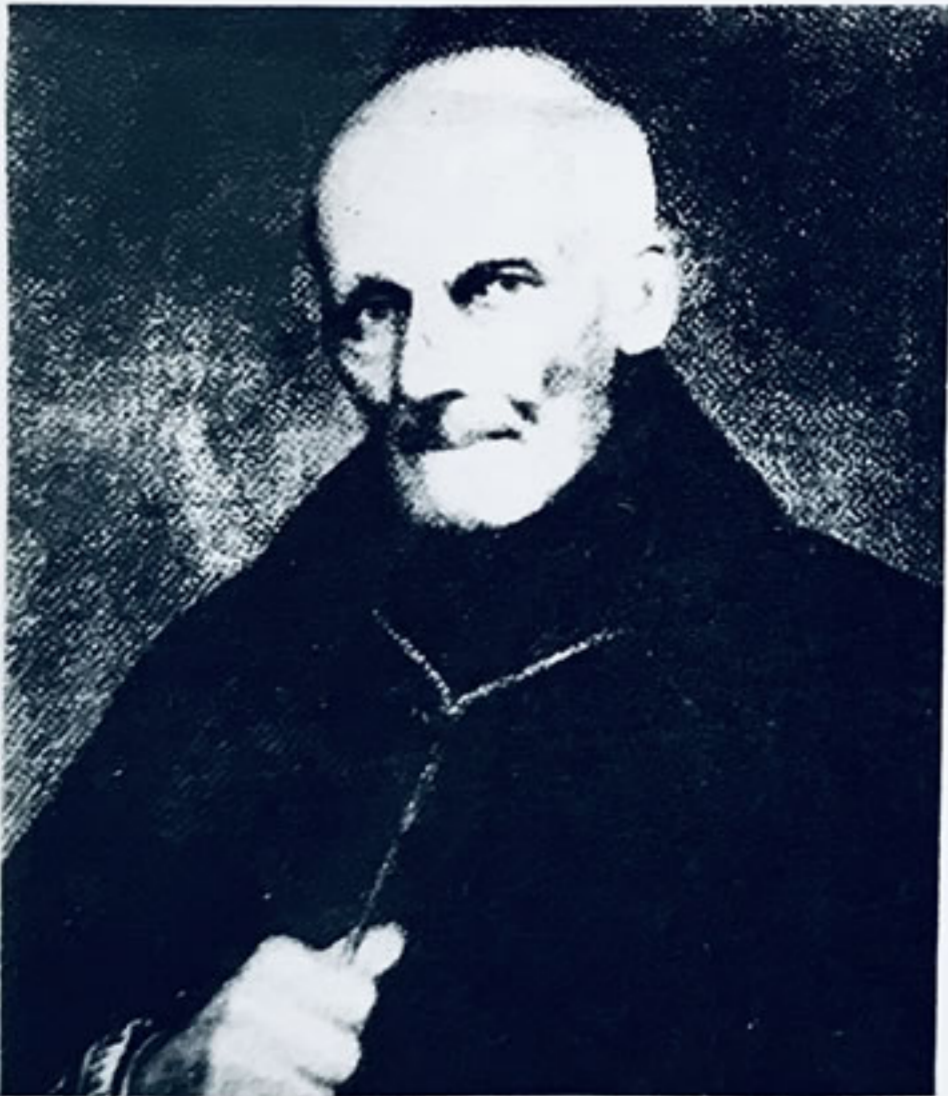
Desde entonces, se abrió un largo paréntesis en el cultivo. Los canutos, claro, no llegaron a desaparecer del todo, pero otras aficiones ocuparon a los hombres del campo tucumano. La tierra increíblemente fértil daba para todo. El tabaco, las suelas, el trigo, las maderas, fueron, durante los años de la guerra de la independencia, los ca-



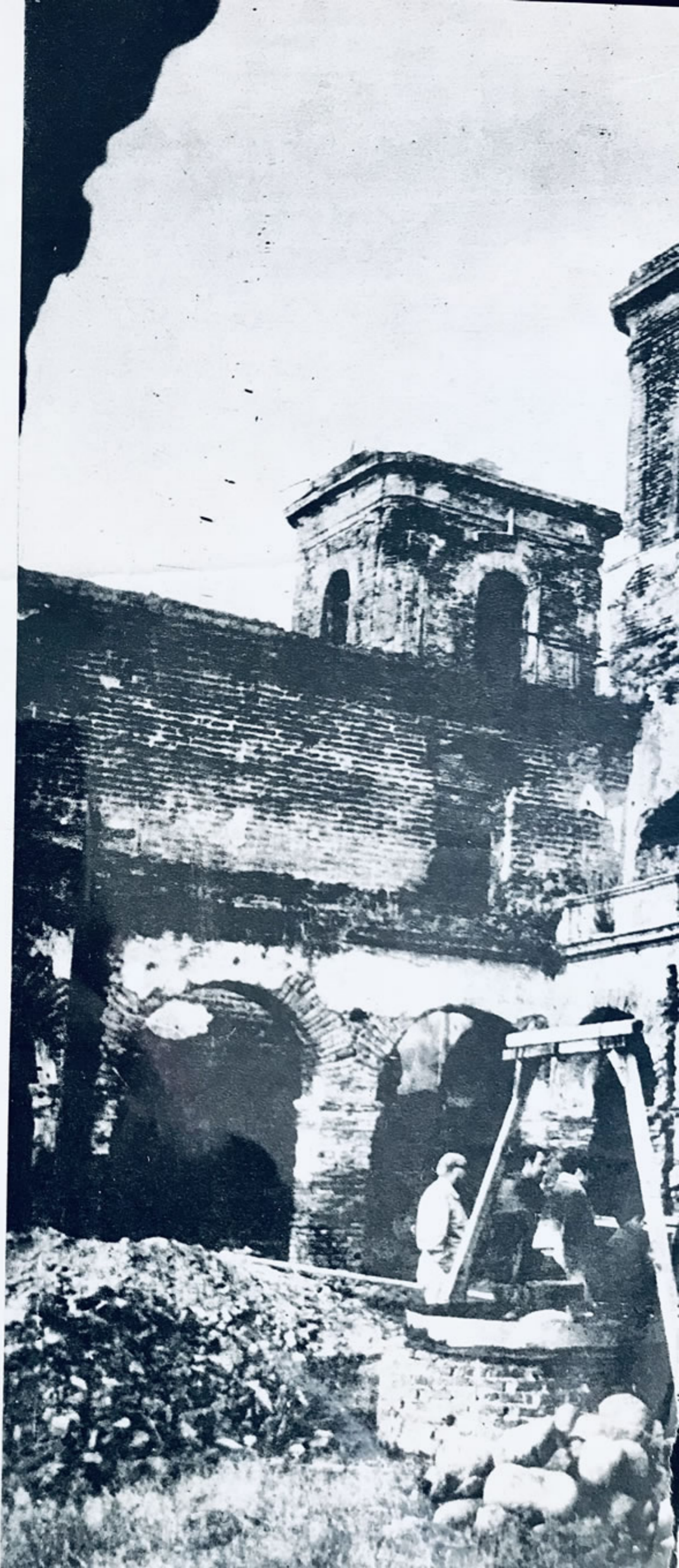
Casa de Juan Nogués, en el Obraje: modesta



Aquí vivió el obispo Colombes: parque 9 de julio.



José Eusebio Colombes (arriba), plantó la primer caña. A la derecha, las ruinas del convento de San José



CUANDO LOS...

minos por los cuales se armaba la riqueza de los cultivadores. La caña, curiosamente, no presentaba atractivo.

● El obispo Colombres

El sacerdote José Eusebio Colombres sería quien llevó a cabo la revolución en ese terreno. Hombre docto, nacido en 1778 y graduado en Córdoba, Colombres había estado en primera línea en todas las alternativas de la independencia. Tanto, que en 1816 representó en el Congreso a los catamarqueños, y firmó el acta del 9 de Julio. En El Bajo, a pocas cuadras de la calle de ronda, Colombres tenía una pequeña finca, que solía inundarse con las crecientes del río Salí. No se sabe por qué se le ocurrió, en 1821, comprar en la zona de La Ciudadela —el fuerte construido por San Martín en la zona de la actual plaza Belgrano— unos surcos de caña que algún vecino había plantado de puro curioso.

Los llevó a su finca y esperó el ciclo. Las cañas nacieron y, con un trapiche de palo idéntico al de los jesuitas, Colombres hizo brotar el jugo e hizo azúcar. Entusiasmado, empezó a repartir cañas entre sus amigos para que lo imitaran, y el experimento se difundió poco a poco. Cuando entró Facundo Quiroga en Tucumán, en julio de 1826, se asombró frente a los cañaverales de Colombres, y les puso guardia para que no los dañara la caballada de sus soldados. Pero la política puso un paréntesis en la nueva industria. Era el tiempo de las guerras civiles y Colombres se embanderó en la Liga del Norte contra Rosas, cuyo fracaso lo desterró a Bolivia por varios años. Pero ello no detuvo la difusión de sus cañas: en 1845, los trapiches tucumanos en su mollienda, arrojaban jugo para fabricar 30.000 arrobas de azúcar.

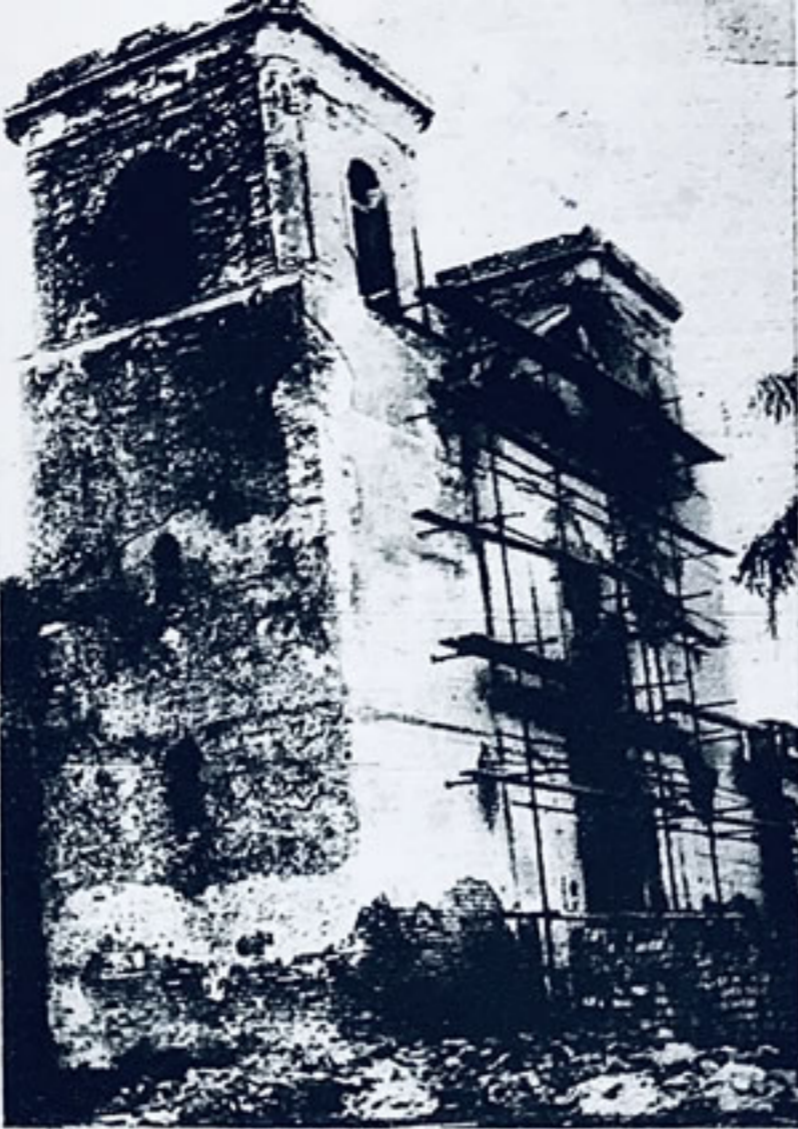
● Los primeros ingenios

Ya habían aparecido los primeros ingenios. Aunque la palabra resulta excesiva para las humildes chancaquerías primeras, con el trapiche de madera movido por mulas y bueyes. La miel se vaciaba en hormas de barro cuando estaba por solidificarse. Luego venía el arduo y largo —hasta de cuatro meses— proceso de blanquearla, por medio de capas sucesivas de barro.

De esa manera, la industria iba dando sus primeros pasos. La mansa dictadura federal de Celedonio Gutiérrez, con su política de olvidos y amnistías, facilitó muchísimo el nuevo proceso que vivía la economía tucumana y al que, por cierto, sus protagonistas no auguraban la importancia posterior.

Luego de la batalla de Caseros, se produjo el primer intento de modificar este menester casero y hartamente precario. La iniciativa correspondió al vencedor, el mismísimo Justo José de Urquiza, cuyo ojo experto para advertir la dirección de todos los vientos percibió algo diferente en esta cosa que había en el Norte. Encargó a un conspicuo unitario, Baltazar Aguirre —tucumano, amigo de Alberdi y de Marco Avellaneda— la instalación de un ingenio moderno en Tucumán. Lo habilitó bien. Tanto, que Aguirre pudo traer unas relucientes máquinas de la casa Fawcett & Preston, de Liverpool, que frente a los trapiches de madera parecían cosa del mismo demonio: un trapiche de hierro movido por ruedas hidráulicas, defecadoras y evaporadoras, un alambique, bombas y generadores para una fuerza de 20 caballos. De esa manera, Aguirre buscaba hacer ingresar a Tucumán en la era del vapor.

No puede decirse que estuvo ocioso. Para servir la rueda —que debía comunicar su movimiento al trapiche y la bomba de aire— hizo una acequia y un acueducto, "de mu-



En los albores, los jesuitas plantaron aquí



Cuando invadió Facundo, Friasera gobernador

cho costo" según relata Alfredo Bousquet. Y así armó —en la actual zona de Floresta— su ingenio. Pero lo persiguió la mala suerte: primero fueron defectos en la maquinaria, y después la reticencia de Urquiza, a seguir mandando fondos. El intento fracasó y Aguirre murió en Buenos Aires en 1880, en la miseria.

Pero la producción seguía, de todas maneras, creciendo. El azúcar no solo se vendía en Tucumán, sino en las provincias vecinas de Santiago, Catamarca, los Valles Calchaquies y aún Córdoba y el área de Cuyo, a 3 pesos la arroba. Hacia allí partían las caravanas de los Posse o los Padilla: carretas custodiadas por un ejército de peones llevando el dulce producto entre crujidos y relinchos. Y no sólo el azúcar salía de los trapiches, sino también el aguardiente, a 6 pesos el barril. Este llegaba todavía más lejos que el azúcar: hasta Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires, o cruzaba la cordillera para venderse en Chile.

Los dueños de los precarios ingenios de aquel tiempo empezaron a ver, junto con toda la provincia, beneficios mucho más interesantes que los aportados por el trigo, el tabaco o las maderas. El obispo Colombres les había dado una nueva dimensión: cuando murió, ya bien viejo, en 1859, el senador Salustiano Zavalía no titubeó en afirmar: "el señor Colombres es, en Tucumán, el vencedor de la miseria". Pero acaso el título de "dueño de ingenio" engañe. En realidad, todos los que plantaban caña tenían un pequeño ingenio con su trapiche de dientes de madera desbastada a hachazos, y mulas que hacían dar vuelta el palo conductor, así como tachos para hacer el azúcar. La industria era precaria y campesina. De todos modos, iba saliendo adelante con el esfuerzo denodado que hacían sus hombres. Miguel Padilla, José Frías, los hermanos Méndez, Juan Nougues, los Posse —Wenceslao Felipe, Vicente, Juan— y los García —Simón y Juan José— y Ezequiel Molina, y los hermanos Gallo, Evaristo Etchecopar y muchos otros. La lista es larga pero merece recuerdo. Ellos supieron, en medio del desorden y la turbulencia —como apunta Ernesto Padilla— mirar hacia algo más que la agricultura, buscando la trascendencia de una industria transformadora.

● El milagro del tren

El milagro se produjo en 1876, con la llegada del ferrocarril. Hasta ese momento, la modernización había sido prácticamente nula, aunque pioneros como Wenceslao Posse pudieran hacerla en pequeña escala. Pero los rieles terminaban bruscamente con la industria casera y abrían paso a lo nuevo, ya que por medio de ellos podían venir las maquinarias adecuadas, compradas en Francia o Inglaterra, desde el puerto de Buenos Aires.

El momento marcó así una nueva decisión del trabajo. Los ingenios que pudieron adecuarse a esos tiempos sobrevivieron. Los otros, se convirtieron en fincas de caña, cuya cosecha era molida por otros trapiches. Trapiches que ya no eran como los del obispo Colombres, sino metálicos y rugientes, movidos a vapor e instalados por una muchedumbre de técnicos extranjeros que por esos años agotaron el alojamiento en los hoteles de la ciudad. Los hermanos Juan Manuel y Juan Crisóstomo Méndez fueron los primeros en modernizar su fábrica, Concepción. También don Wenceslao Posse, con Esperanza. A los 3 años de llegado el ferrocarril, se tienen ya 87 motores a vapor, que con los 20 hidráulicos representan 1.449 caballos de fuerza para triturar el dulce jugo de los cañaverales.

Es el furor del progreso, porque no sólo

los viejos ingenios se transforman —o mueren— totalmente, sino surgen otros nuevos, hijos dilectos de la fiebre del ferrocarril. La acción más importante en ese sentido la encara Clodomiro Hileret, un francés que venía construyendo las estaciones de la línea de Córdoba. Así, los ingenios se reducen a una treintena, mientras los agricultores se multiplican. Los 200 cañeros de 1877, son casi 400 en 1881 y suben a 2.630 en 1895. Y aparecen también las colonias, porque las fábricas han crecido tanto que exigen la especialización de los cultivos.

● Cambios, cambios

Las vías no sólo permiten que lleguen las enormes máquinas con sus incansables ingenieros. También proporciona fácil salida hacia el litoral a los cargamentos de azúcar, enviando al olvido las caravanas de carretas. No es extraño que Tucumán tenga, poco después de la llegada del primer tren, 5 ferrocarriles que cruzaban su territorio: el Central Argentino se habilita en 1891, el San Cristóbal en 1892, el Provincial, en 1898, y en 1890 el Central Norte, que une con Salta, Jujuy y Bolivia.

Nada parece ya capaz de detener esa marcha adelante que la minúscula, tímida industria de Colombres ha comenzado a recorrer. Y como si quisieran sacarse todo lo viejo de encima, esas décadas del 70 y el 30 los tucumanos echan abajo parte de su edificación colonial, para reemplazarla con caserones cuyos resabios andaluces o italianos muestran el crisol de nacionalidades de sus constructores, los "tratadistas", inspirados en publicaciones francesas, como para aumentar la mezcla. Y esa apertura a lo nuevo no sólo se advierte en la industria o en la arquitectura, sino que despunta —y cómo— en la vida social. Los viejos apellidos españoles se mezclan rápidamente con la oleada de extranjeros que trae el nuevo tiempo. Como un ventarrón, la hora barre con los copetes coloniales y los orgullos de casta de la gente virreinal. Como si fuera poco, ya el Colegio Nacional y la Escuela Normal están lanzando a la vida sus promociones de alumnos. Una gente distinta, que tiene preocupaciones intelectuales, además de las deparadas por el ciclo de la caña. Reciben el provechoso magisterio de Paul Groussac —que vivirá 11 años en Tucumán— leen periódicos que se editan en la ciudad, esperan ansiosos los paquetes de bibliografía que la "erupción educativa" de la presidencia Sarmiento hará llegar a todos los puntos del territorio en las mensajerías. Hasta quieren tener una universidad los tucumanos, y por eso se funda en 1875 la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Políticas, "que servirá —dice la ley— de plantel a la futura universidad provincial".

● La primera máquina

Hasta aquí llegan los primeros tiempos del azúcar. La etapa embrionaria, incierta, que inició el obispo en su quinta del Bajo y a la que los rieles hicieron ingresar, como un reventón, en el mundo de la empresa moderna. Los hombres que asistieron a ese proceso no podían, por cierto, conjeturar el futuro vasto de la actividad, que en todo el proceso formativo de Tucumán, de entonces en adelante, tendría importancia especialísima.

Pero sin duda sí sabían que su esfuerzo había podido alumbrar, a mil quinientos kilómetros del puerto, la primera industria argentina, y que ese trapiche, como dice Padilla, era la primera máquina que conocía el país: "el áspero chirrido de su rústica forma primitiva, hermanado al de la carreta de transporte, fue el primer ruido fecundo que sacudió y despertó la economía nacional".



Ingenio la Esperanza, en 1880. El ferrocarril convirtió estos ensayos en fábricas rugientes



Tucumán, la sede central del azúcar. Esfuerzos, luchas y un objetivo común: la caña